LOS HÉROES EN LA POESÍA DE MIGUEL HERNÁNDEZ (*¡SÓLO POR AMOR!*)

Por
JORGE E. ROJAS OTÁLORA
(Universidad Nacional de Colombia)

Introducción

El título de este trabajo es intencionalmente equívoco, pues quiere hacer referencia a estudios muy conocidos sobre la obra de Miguel Hernández, que utilizan al texto como coto de caza de relaciones significativas que terminan haciendo decir al autor aquello que se encuentra previamente en la cabeza del crítico. No quiero poner en duda el valor de este tipo de indagaciones, sin embargo quiero señalar que el hecho de subrayar, por ejemplo, que tanto Virgilio como Hernández escriben desde una mirada positiva hacia el campo y la naturaleza o destacar un elemento temático singular como es el barro o la muerte y descifrar un sistema de significados que, aparentemente, dan cuenta de una etapa de la producción hernandiana, no garantizan una adecuada comprensión del proceso de creación estética.

Con mucha frecuencia quienes se acercan a la creación de un artista en particular lo hacen con la mejor intención y pretenden aportar al proceso de comprensión de esta obra; sin embargo, con la misma frecuencia suelen pasar por alto que estos textos se caracterizan, en primer lugar, por un destacado uso de un lenguaje artístico y, luego, por la construcción de un mundo propio, autónomo, a partir de la transformación ficticia de acontecimientos reales. Los estudiosos que olvidan estas premisas que definen al texto literario consideran que es suficiente comprender el contexto en el que la obra se produjo para captar su sentido y aquilatar su valor como obra de arte. En este último caso se considera al texto artístico como testimonio y no como creación.

La obra de Miguel Hernández ha sido estudiada de manera sistemática desde perspectivas múltiples y enriquecedoras, sin embargo han predominado los acercamientos que valoran en él ante todo al poeta comprometido con una ideología o al mártir de la libertad que murió por sus ideas. Aunque estas afirmaciones son en esencia válidas, considero que lo que se puede llamar la leyenda hernandiana se ha convertido en una acumulación de asertos parciales y de verdades a medias que terminan por ocultar la verdadera significación de su poesía y su aporte al desarrollo de un lenguaje poético.

Ubicación

Los manuales literarios suelen establecer el proceso creativo de Miguel Hernández a partir de un primer libro, *Perito en lunas*, de 1933, de corte gongorino, lleno de imágenes barrocas y ultraístas, desarrolladas a partir de acertijos poéticos. Una segunda etapa, marcada por el sufrimiento amoroso, se expresa en el tono subjetivo e intimista de *El rayo que no cesa*, que aparece a comienzos de 1936. Una tercera etapa, de compromiso

político, le hace asumir una voz plural en la medida que considera que su poesía nace del pueblo; el tono combativo caracteriza *Viento del pueblo*, 1937, y *Cancionero y romancero de ausencias*, libros llenos de exaltación heroica y de dolor. Las ediciones de este último libro han integrado los poemas escritos entre 1938 y 41, que dan voz a las angustias de todos los hombres que han padecido en la guerra. De este modo el periplo lírico de Hernández iría desde un comienzo en el que predomina el juego de imágenes y pasa por una poesía comprometida políticamente para terminar con una expresión del dolor universal. Esta es la mirada que predomina en el estudio de la obra de Miguel Hernández.

Sin embargo, es necesario precisar que durante todo este proceso hay en Miguel una serie de preocupaciones que se manifiestan de diversa manera. Muchos estudiosos han resaltado los temas centrales de su creación; es indudable que *vida, amor y muerte* se constituyen en los ejes temáticos de toda su producción, pero a lo largo de su obra adquieren énfasis diversos. Mi propósito es destacar uno de los aspectos que parecen enlazar su compromiso estético con su preocupación por la justicia: la exaltación de personajes en los que se manifiesta la lucha por el sustento, por la tierra, por la libertad o por la esperanza. Creo que es importante subrayar que se trata, ante todo, de una producción de altísimo valor literario que, en un segundo plano, expresa un claro compromiso ideológico y humano.

Quiero comenzar con uno de sus poemas de adolescencia titulado «Elegía al guardameta», muy poco conocido y que tiene un epígrafe que dice «A Lolo, Sampedro joven de la portería del cielo de Orihuela». Se trata de un texto complejo y difícil, en la medida en que está lleno de juegos verbales, metáforas atrevidas y dislocaciones sintácticas propias del gongorismo que en esa época elaboraba el autor. Sin embargo, lo que quiero destacar son dos cosas, en primer lugar, que se trata de una elegía funeral, puesto que el poeta cree que su amigo ha fallecido en un accidente dentro del campo de juego, y, segundo, que este es el primero de los que he llamado «héroes» de Miguel Hernández, en tanto el joven poeta muestra una clara preocupación por el destino de personajes de la vida cotidiana con hondo arraigo popular. El texto destaca ante todo el valor del protagonista como ser humano.

Se trata en este caso de una variante de la silva, composición que combina versos endecasílabos y heptasílabos enlazados con una rima consonante que se organiza en estrofas de cinco versos: AbAbB; me parece importante destacar la cuidadosa elaboración formal que construye un ritmo particular y elabora un sistema de sonoridades para lograr la expresión adecuada del sentido. La composición destaca el heroísmo del protagonista que, supuestamente, murió cumpliendo su misión y para ello el poeta construye su texto como una conversación con el difunto en la que destaca algunos aspectos de su última actuación; merece ser resaltado el rico juego de imágenes que consolidan el texto como, por ejemplo, la del silbato que no logra detener a la muerte:

> Tu grillo, por tus labios promotores,
> de plata compostura,
> árbitro, domador de jugadores,
> director de bravura,
> ¿no silbará la muerte por ventura?

O la del fotógrafo que inmortalizó su muerte:

> Te sorprendió el fotógrafo el momento
> más bello de tu historia

deportiva, tumbándote en el viento
para evitar victoria
y un ventalle de palmas te aireó gloria.

Y te quedaste en la fotografía,
a un metro del alpiste,
con tu vida mejor en vilo, en vía
ya de tu muerte triste,
sin coger el balón que ya cogiste.

O la rebuscada sintaxis de la estrofa final que intenta concluir:

El marcador, al número al contrario,
le acumula en la frente
su sangre negra. Y ve el extraordinario,
el sampedro suplente,
vacío que dejó tu estilo ausente.

Y así, la interrogación que da inicio a la arquitectura del poema introduce el tema de la muerte en las cuatro primeras estrofas; en las doce siguientes representa una conversación con el deportista y concluye resaltando la ausencia. En la última estrofa la relación tu/yo, que constituye la estructura del poema, se diluye para subrayar la ausencia como hilo conductor y concentrarse en el vacío final.

Después de muchos poemas, recogidos en varios libros, publica *El rayo que no cesa* compuesto por textos escritos entre 1934 y 35. Se trata de un libro con un diseño arquitectónico específico, con una estructura intencional que consta de 30 composiciones distribuidas en una organización casi simétrica, pues en la mitad exacta ubica un texto complejo en el que utiliza la analogía entre el barro y el sufrimiento en el que el yo lírico se sitúa. Pero el más importante texto de este libro es la muy conocida «Elegía» a Ramón Sijé. Este es el segundo héroe del poeta que quiero destacar. Tres años menor, fue su compañero en el colegio hasta que Miguel debió abandonar sus estudios para ayudar en el trabajo familiar; sin embargo la entrañable amistad que surgió entre estos dos personajes y el intercambio intelectual que se desarrolló a partir de un permanente diálogo hizo que José Marín Gutiérrez se convirtiera en mentor y maestro de su condiscípulo a tal punto que con Carlos Fenoll integran lo que algunos historiadores han llamado «generación de Orihuela de 1930».

Para cantar el dolor que lo embarga por la muerte de su amigo, Miguel desarrolla una composición en tercetos encadenados que termina con un serventesio. También aquí se trata de la expresión del dolor que se construye a partir del paralelismo tu/yo jugando con la ausencia y la presencia del amigo; el repetido contraste entre el pasado y el presente se resuelve, como lo ha demostrado Marina Mayoral[1], en el *nosotros* que aparece en la estrofa final que, precisamente, requiere cuatro versos para recordar que siguen siendo «compañeros del alma».

En *Viento del pueblo*, de 1937, aparecen una serie de textos que exaltan a esos personajes que he querido llamar los «héroes» de Miguel Hernández. En primer lugar el conocido poema «El niño yuntero», que consta de 60 versos organizados en 15 cuartetas compuestas de versos de arte menor con rima abab; Miguel Hernández creyó que con la poesía podría transformar su mundo. Se convierte así en un paradigma de quienes aportan lo mejor de sí para construir un futuro mejor para los seres humanos. En este texto denuncia la situación de explotación y miseria de los niños campesinos del sur de España: hace afirmaciones como:

Nace como la herramienta,
a los golpes destinado,
de una tierra descontenta
y de un insatisfecho arado.

Más adelante señala:

Empieza a vivir, y empieza
a morir de punta a punta
levantando la corteza
de su madre con la yunta.

Aquí el poeta propone una transformación, pero lo hace utilizando lo que mejor sabe hacer, su poesía, a través de un cuidadoso juego de ritmos y de imágenes. Quiere construir por medio de su palabra. Con un rico sistema de paralelismo y oposiciones destaca su denuncia. El poema retoma las imágenes de la naturaleza pero ya no con la mirada idílica de su primera época sino para oponerla a ese niño que la trabaja en su miseria. Ideas como *yugo*, *arado*, *estiércol*, *lluvia*, *raíz*, *olivo*, *encina*, *rastrojo*, *barbecho* se consolidan cono un sistema significativo que, al tiempo que alude al trabajo del campo, se convierte en testimonio de la miseria, pues se opone a otro conjunto de ideas como *humillado*, *cuello perseguido*, *herramienta a los golpes destinado*, *tierra descontenta*, *insatisfecho arado*, etc.

Del mismo modo, en las primeras diez estrofas se describe la condición del niño trabajador con tal fuerza que prepara al lector para el momento en el que el poeta explicita su sentimiento y se asume como testigo mediante afirmaciones como:

Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina,
y su vivir ceniciento
revuelve mi alma de encina.

Cada nuevo día es
más raíz, menos criatura,
que escucha bajo sus pies
la voz de la sepultura.

Me da su arado en el pecho
y su vida en la garganta,
y sufro viendo el barbecho
tan grande bajo su planta.

Todo ello para preparar la pregunta:

Quién salvará a este chiquillo
menor que un grano de avena?
De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?

Y llegar a la respuesta que le da sentido a todo el texto y que aparece como consecuencia lógica de la exposición precedente:

Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.

En este mismo libro aparece el poema «Rosario dinamitera» que consta de 5 décimas, décimas que en realidad son dos redondillas con rima abrazada abbabaccdcd. Este texto es particularmente interesante, pues aquí Hernández recupera la décima espinela compuesta por dos redondillas con rima abrazada, abba y cddc, unidas por dos versos de enlace que repiten las rimas última y primera de cada redondilla, ac^2. Pero más interesante que la métrica es la escrupulosa observancia de la tradición según la cual

> ...el tema de la estrofa se plantea en los cuatro primeros versos. Después de la pausa del cuarto verso, en los restantes se completa el pensamiento: es un ascenso y descenso de ideas, cuya transición se encuentra en el quinto verso. Esta estrofa de octosílabos se ha comparado por su perfección al soneto[3].

Como se puede comprobar en la primera décima:

> Rosario, dinamitera
> sobre tu mano bonita
> calaba la dinamita
> sus atributos de fiera.

Aquí, sin duda, se encuentra el planteamiento no sólo de la estrofa sino de todo el poema, de tal suerte que los seis versos restantes, así como las tres estrofas siguientes, son un desarrollo de este pensamiento:

> Nadie al mirarla creyera
> que había en su corazón
> una desesperación
> de cristales, de metralla
> ansiosa de una batalla,
> sedienta de una explosión.

Del mismo modo, el poema se construye mediante el paralelismo entre la caracterización de la protagonista, que sacrificó su mano, y el sentido de la lucha. Hay también un atractivo juego de sonoridades sustentado en la rapidez del verso corto que avanza raudo hacia el final efectista en la segunda parte de la cuarta redondilla:

> Digna como una bandera
> de triunfos y resplandores,
> dinamiteros pastores,
> vedla agitando su aliento
> y dad las bombas al viento
> del alma de los traidores.

En *Cancionero y romancero de ausencias*, que recoge poemas de 1938 a 1941, es decir de los últimos años de la guerra y de su encarcelamiento, predomina una visión pesimista y desengañada pero termina con un poema que se conoce con el título de «Antes del odio». Este poema ha llamado la atención de algunos críticos entre quienes quiero destacar a Carlos Bousoño, quien en un artículo publicado hace 50 años señala que este texto «se destaca con fuerza del admirable conjunto»[4]. Pero de lo que en realidad quiero apropiarme en este caso es la fina observación de Bousoño cuando destaca el carácter progresivo del poema que se va intensificando y complejizando por medio de un estribillo «Sólo por amor», que si bien se repite lo hace dentro de lo que Bousoño denomina movilidad semántica, en la medida en que va intensificando su significado «va elevando su tono y su emoción a cada estrofa, para culminar en las dos últimas, cima climática de no

sobrepasable contenido.»[5]. Hernández diseña, entonces, una estructura formal, un sistema rítmico al servicio de un sentido que expresa en la primera mitad del poema melancolía y pesimismo pero en la segunda, por contraste, «significan una graduada sublimación del sufrimiento en algo como gozosa redención a través del amor.»[6].

Para el poeta Leopoldo de Luis, en este texto Hernández concibe su propia vida como un acto de amor que encuentra como respuesta el odio. «El poema hace una exposición de su estado que sería melancólica si a un estado anímico se refiriese, pero que se torna patética porque el estado es también físico, corporal»[7] (De Luis, 35-36) Su amor a la naturaleza, a la vida, a la libertad le ha traído el odio, la injusticia, el dolor; pero el amor triunfa y el poeta se siente libre por lo cual el poema concluye con una estrofa optimista.

No, no hay cárcel para el hombre.
No podrán atarme, no.
Este mundo de cadenas
me es pequeño y exterior.
¿Quién encierra una sonrisa?
¿Quién amuralla una voz?
A lo lejos tú, más sola
que la muerte, la una y yo.
A lo lejos tú, sintiendo
en tus brazos mi prisión,
en tus brazos donde late
la libertad de los dos.
Libre soy, siénteme libre.
Sólo por amor.

Y se puede afirmar que la reiteración del estribillo, al intensificar el sentimiento lograr borrar todo el dolor anterior y proclamar el triunfo del amor, el triunfo del poeta,

Conclusiones

En todos estos poemas su autor asume el proceso creador con una particular diligencia, pues al tiempo que elabora un ritmo adecuado al sentimiento que quiere expresar, realiza una selección de imágenes sobre las cuales sustenta una compleja estructura de significación; en este proceso apela a la sensibilidad del destinatario lector para colaborar en la construcción del sentido. Sin embargo, es importante subrayar que el conjunto de poemas que he seleccionado tienen como denominador común la honda expresión del dolor que produce la muerte de un ser humano o las condiciones de miseria, explotación o injusticia en que viven otros hombres. Pero al final, todo este sentimiento se agrupa en el del propio poeta que ya no es solamente el emisor de un mensaje que expresa el dolor de otros sino que es él mismo el sujeto que padece y el testigo que denuncia ese dolor, el sujeto que padece la injusticia y el artista que lo expresa, el hombre sumido en la desesperanza y el creador que hace de este sentimiento el eje de su elaboración estética.

Y digo que lo hace con una particular diligencia por que pone en este empeño toda su capacidad de elaboración de un lenguaje artístico, construye un rico sistema de sonoridades y produce un amplio juego de significados; todo ello para objetivizar un sentimiento, para convertirlo en un objeto concreto-sensible, en una obra de arte que le permite revivir en el lector algo de ese sentimiento original.

Estos son los héroes de Miguel Hernández, el portero del equipo de fútbol de Orihuela, su amigo y mentor Ramón Sijé, el niño yuntero que representa la semilla de todos

los jornaleros desprovistos de tierras y sometidos a la explotación, la miliciana que expone su vida por una lucha que considera justa y, finalmente, el propio poeta encarcelado por sus convicciones que intenta superar el odio y vencer la desesperanza.

A diferencia de Píndaro que se especializó en cantar al vencedor en los juegos atléticos, Miguel Hernández puso su verso al servicio de estos personajes que lucharon por el sustento, por la tierra, por la libertad o por la esperanza, los héroes de la vida misma.

NOTAS

1.–Marina Mayoral, *Análisis de textos*, Madrid, Gredos, 1977, p. 231.

2.–Antonio Quilis, *Métrica española*, Barcelona, Ariel, 1984, p. 112

3.–*Id.*

4.–Carlos Bousoño, «Notas sobre un poema de Miguel. "Antes del odio"», en María de Gracia Ifach (ed.), *Miguel Hernández*. Madrid, Taurus, col. El escritor y la crítica, 1975, p. 258.

5.–*Ibid.*, p. 260.

6.–*Ibid.*, p. 259.

7.–Leopoldo de Luis «Estudio previo, selección y notas», en Miguel Hernández, *Poemas de Amor. Antología*, Madrid, Alianza, 1984, pp. 35-36.